



SECRETARÍA DE  
EDUCACIÓN



# ESCUELAS COMO TERRITORIOS DE PAZ

Alcaldesa Mayor de Bogotá  
Claudia Nayibe López Hernández

Secretaria de Educación del Distrito  
Edna Cristina Bonilla Sebá

Subsecretario de Calidad y Pertinencia  
Andrés Mauricio Castillo Varela

Subsecretaria de Integración Interinstitucional  
Deidamia García Quintero

Subsecretario de Acceso y Permanencia  
Carlos Alberto Reverón Peña

Subsecretario de Gestión Institucional  
Julián Fabrizio Huérfano Ardila

Director General Agencia Distrital para la Educación  
Superior, la Ciencia y la Tecnología - Atenea  
José María Roldán Restrepo

Director Instituto para la Investigación Educativa  
y el Desarrollo Pedagógico - IDEP  
Jorge Alfonso Verdugo Rodríguez

Jefe Oficina de Comunicaciones  
Conny Mogollón Barbosa

Asesor de Despacho  
Néstor Alfonso Mora Roncancio



SECRETARÍA DE  
EDUCACIÓN



**D**esde el momento en el que se confirmó el primer caso de covid-19 en el país, la Secretaría de Educación del Distrito (SED) supo que comenzaba para todos un nuevo reto: mantener la educación en medio del aislamiento, sin contacto, en la intimidad de los hogares, sin amigos, sin recreos, sin salones. Una situación totalmente desconocida para el mundo y, por lo tanto, llena de incertidumbre.

Era necesario, entonces, construir y articular estrategias que les permitieran a todos los niños, niñas y jóvenes tener acceso a la educación. El proceso comenzó a darse poco a poco, y así se cumplieron cuatro momentos importantes: el primero exigió definir qué hacer durante el cierre temporal de las instalaciones de las instituciones educativas. En un segundo momento se realizó el piloto voluntario para la reapertura

gradual, progresiva y segura de los colegios. El tercero fue la implementación de este modelo y, por último, la presencialidad total.

Cada uno de estos momentos trajo sus propios retos, como la virtualidad en sí misma y las necesidades socioemocionales que enfrentaron las familias durante la pandemia y que impactaron el proceso de aprendizaje. Los maestros y maestras se convirtieron en acompañantes y guías de sus estudiantes en momentos de alta vulnerabilidad en los que las tareas y la apropiación de conocimientos nuevos podían no ser necesariamente la prioridad. Familias, estudiantes y profesores estaban viviendo situaciones de cambio, de adaptación a nuevas rutinas y de estrés con efecto en su estado emocional.

Los profesores comenzaron a apoyarse mutuamente en sus reuniones por plataformas virtuales; por su parte, los orientadores de los colegios les explicaron a estos cómo ayudar a sus alumnos a atravesar el aislamiento y la convivencia permanente con sus familiares, en medio del miedo por el contagio y las dificultades económicas.

Mientras esto sucedía en la relación entre familias, estudiantes y profesores, en articulación con el sector salud de Bogotá se obtuvieron logros como la vacunación prioritaria de trabajadores del sector educativo; también se elaboró un sistema de monitoreo diario, semanal y mensual en las comunidades educativas y se desarrolló el testeo

epidemiológico en las instituciones educativas distritales cuando todos regresaron a las aulas.

El regreso llegó acompañado de situaciones a las cuales jamás se había enfrentado el sistema educativo: los niños que habían iniciado su educación en jardines o colegios a los 3 años tenían entre 5 o 6 años, y casi la mitad de su vida había estado mediada por el aislamiento. Quienes estaban entre los 11 o 12 años al inicio de la pandemia regresaban con la necesidad de vivir nuevas experiencias de la mano de sus amistades y docentes, pues habían partido para sus casas como niños y ahora eran adolescentes.

Los jóvenes vivieron experiencias intensas que les cambiaron su forma de ver el mundo y de habitarlo, y esperaban que estos cambios formaran parte de la vida escolar. El colegio debía ser para todos un espacio protector y de cuidado por excelencia, además de la expresión de la nueva identidad de cada uno de sus estudiantes.

Muchos profesores, por su parte, volvieron con temores por el cambio, pero también con las ganas de poner en práctica nuevas herramientas metodológicas que habían aprendido, como el manejo de situaciones emocionales y el uso de herramientas tecnológicas.

Muchas familias que durante el aislamiento asumieron en sus hogares dinámicas laborales y escolares se mostraron entusiastas con el regreso de sus hijos e hijas a la escuela porque, aunque

persistía el temor de los contagios, el retorno representaba un espacio distinto de socialización, cuidado y juego.

Con la emoción de volver estaba también la necesidad de fortalecer los lazos de la comunidad educativa, comprender el dolor y la fragilidad como parte del aprendizaje escolar y restaurar las relaciones para la vida en comunidad dentro y fuera de la escuela.

Los colegios debieron convertirse así en espacios donde fuera prioritario atender las consecuencias de la violencias psicológicas y físicas vividas en las familias durante los confinamientos y atender a estos estudiantes para quienes la vida jamás volvería a ser como antes. Los niños y los adolescentes les contaron a sus profesores situaciones difíciles que habían vivido en sus casas durante los confinamientos, muchas de ellas violentas, y los maestros siguieron el conducto regular para ayudar a que estas acciones fueran denunciadas. La participación de la comunidad educativa fue clave para la protección de los niños.

Se retornó, entonces, a una escuela que debía priorizar la educación integral: que se preocupara tanto por el ser como por el saber y que reconociera la necesidad de trabajar sobre factores de riesgo y de apoyo para aquellos estudiantes a quienes la pandemia había afectado emocional y mentalmente. La escuela fue llamada a transformarse.

En medio de este contexto, que por primera vez se veía en la ciudad y en el mundo, la Secretaría de Educación del Distrito impulsó programas que con acciones concretas mejoraran la convivencia y que en los barrios de la ciudad las escuelas sobresalieran como territorios de paz, en donde la voz y los intereses de las niñas, niños, jóvenes, adolescentes y familias fueran los protagonistas.

Estos programas del Distrito les dieron prioridad a los niños y a las niñas hasta el punto de llegar al Concejo de Bogotá. Los y las estudiantes visitaron esta Corporación, que es la máxima autoridad política en la capital, y aprendieron sobre normas y control político; también reflexionaron sobre justicia en la vida real, a través de los encuentros con miembros de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). Estas aproximaciones y diferentes espacios de diálogo propiciados en las aulas escolares inspiraron la reflexión y apropiación de la Justicia Escolar Restaurativa.

En ese sentido, las iniciativas estimularon el reconocimiento de la diversidad de los niños, niñas, jóvenes y adolescentes como agentes políticos, y priorizaron la garantía de sus derechos. Además, lograron que la educación pública de Bogotá trascendiera la visión centrada en los conocimientos académicos y posicionara la educación socioemocional y ciudadana, llevando estas acciones y reflexiones a las redes de cuidado familiar y a

los barrios. Este libro recoge estas iniciativas que llegaron al corazón y a la esencia de estudiantes y padres de familia y da cuenta, a través de historias humanas, de cómo las políticas distritales se convirtieron en hechos concretos que cambiaron la vida de seres humanos, mucho más allá de enseñar a sumar, restar y multiplicar. Una escuela como territorio de paz.

# Los superpoderes de las niñas y los niños

**H**abía una vez un niño de 6 años llamado Mathías, muy fuerte y diferente de los demás. Todos los días tenía que usar una armadura parecida a la de Tony Stark para que no le dolieran los brazos ni las piernas. Salir le daba mucho miedo, no solo por los pinchazos en las citas con el médico, sino porque cuando se subía a un bus a veces no le brindaban la silla y esto aumentaba su incomodidad y sus dolores.

Pensando en esto, un día se convirtió en ¡super-Mathías! con dos poderes mágicos. El primero, la teletransportación, solo pensaba dónde quería estar y allí aparecía; y el segundo, la enseñanza: les contaba a las niñas y niños de su alrededor y a los adultos acerca de la existencia de enfermedades invisibles (sí, aquellas que no se ven), diciéndoles que las personas pueden cargar con una enfermedad así no lleven un bastón o un yeso.

A donde iba convertía a las personas en superhéroes y les entregaba un armazón que las



llenaba de fuerza, además, les ayudaba a reconocer la diversidad y a entender lo que él sentía. La gente aprendió y super-Mathías vivió muy feliz.

Así como Mathías, otras niñas y niños escribieron cuentos sobre sus superpoderes para convertir a Bogotá en la ciudad soñada. Escribieron sobre poderes ecológicos para mejorar la calidad del aire, garantizar el agua potable, limpiar el ecosistema, ayudar a los animales y silenciar el ruido. Sobre poderes éticos para escuchar y entender a las personas y que se respeten entre sí, leer mentes para ayudarlas, viajar en el tiempo para cambiar patrones que permiten convivir con quienes son diferentes, evitar la discriminación, el machismo y el sexismo. El poder del calor para calentar la comida de familias pobres y garantizarles luz e internet a todas las personas; amor

para cambiar el odio y la envidia. Poderes psicológicos y de salud para disminuir el estrés, abrazar a las personas sin sueños para que puedan tenerlos, darles más tiempo a los adultos para que dejen de trabajar un poco, para compartir y jugar en familia; viajar al pasado y prevenir el covid-19 y darles a las personas vitalidad después de alguna situación desafortunada. El poder de la movilidad para personas con discapacidad y el poder de cambiar la violencia por el diálogo.

Con todos estos superpoderes, el Distrito se propuso contar con las niñas y niños para los planes de la ciudad, para redefinir su papel dentro de sus familias, en el colegio y en las comunidades. Por eso realizó la jornada pedagógica distrital ‘Las niñas y niños nos proponen la ciudad que quieren’, en la que estos entregaron 8.472 cuentos que brindaron insumos fundamentales para la construcción del Plan Distrital de Desarrollo. Por esta iniciativa Bogotá recibió el premio Construyendo Sueños 2020-2023 de Colombia Líder.

Además, el Distrito apoyó 533 superideas lideradas por alrededor de 4.000 niñas y niños de las 20 localidades de Bogotá, quienes propusieron iniciativas sobre cómo cuidar el ambiente y todas las formas de vida, empoderar a las niñas y a las mujeres, construir paz y resolver conflictos de manera no violenta, exigir sus derechos para acceder a una educación de calidad y a transformarla a través del arte, el juego y la exploración del

medio, reconocer que todas las personas son diversas como el arcoíris y que pueden convivir de manera armónica y sin discriminación.

Como resultado de todo este proceso, desde el 2020 las niñas y niños han participado en la agenda pública de Bogotá en escenarios en los que han contado cómo viven en la ciudad, qué quieren de ella y cómo la sienten. Algunos de estos escenarios han sido el lanzamiento de la jornada ‘La escuela abraza la verdad’, la conmemoración del Día de la Niña liderando el Consejo de Gobierno de la ciudad, la réplica del *challenge* ‘El mundo necesita escuchar’, la participación en una de las sesiones del Concejo de Bogotá para hablar sobre las preocupaciones acerca de la violencia de género y el lanzamiento de la campaña ‘Pilas ahí’, entre otros.

Este involucramiento de las niñas y niños en los problemas de la ciudad se concretó también en un Proyecto de Acuerdo para fortalecer su participación en Bogotá, en el cual participaron aproximadamente 100 niñas y niños de las 20 localidades de la ciudad y fue presentado por una comisión, conformada por siete niños, a las sesiones extraordinarias del Concejo de Bogotá en el 2023.

Finalmente, en marzo del mismo año fue sancionado el Acuerdo de Ciudad 887 de 2023 por el cual se declara a “Bogotá como la ciudad de las niñas, niños y adolescentes”, el cual recoge sus voces, sentires y propuestas.

## Este acuerdo propone tres actividades principales:

- Jornadas para jugar y crear: todas las entidades de Bogotá deben reunir a las niñas y los niños para jugar, crear e imaginar.
- Conmemoración de nuestros días: todos los años, el tercer jueves de abril, será el ‘Día de la ciudad de las niñas, niños y adolescentes’, en el cual le contarán al resto de la ciudad qué se ha hecho para que su voz sea escuchada.
- Laboratorios creativos con adultos y gobernantes: son espacios en los que niños, niñas y adolescentes expresan sus puntos de vista, preocupaciones y reflexiones a adultos que toman las decisiones en Bogotá, porque como dice Maikol, el protagonista de la historia que sigue en las siguientes páginas, “los niños hacemos las cosas a nuestra manera”.

## Los superpoderes de las niñas y los niños:

2023



Superideas de niñas y niños acompañadas por la SED entre 2020 y 2023

533



Niñas y niños que compartieron sus aportes para el Plan Distrital de Desarrollo

8.472



Se aprobó el Acuerdo 887 de 2023 "Por el cual se declara a Bogotá como la Ciudad de las niñas, niños y adolescentes"

1



## Transformando nuestras relaciones en la escuela:

Jornadas de capacitación sobre la ruta de atención integral y sus actualizaciones

1.008

Acciones de promoción de derechos y prevención de vulneraciones enfocadas en salud mental, violencias sexuales y hostigamiento escolar

3.395



# Las cifras de las escuelas como territorios de paz

La Secretaría de Educación del Distrito aterrizó sus programas en acciones que se reflejaron en cifras concretas. Estas son algunas de las más importantes:

## Restaurar tejendo:

Experiencias de Justicia Escolar Restaurativa que acompaña la SED

391

## Con quienes me quieren y me cuidan:



364

Instituciones acompañadas por la SED en el desarrollo de las escuelas de cuidado familiar



20

Redes locales de familias impulsadas

## Somos movimiento:

20

Número de nodos en la ciudad

7.200

Número de facilitadores y facilitadoras que hacen parte de la red

## Soy parte de mi barrio:

Iniciativas pedagógicas que se han desarrollado en colegios abiertos a la comunidad

106

70

Entornos educativos compartidos que se han consolidado



LA CIUDAD  
QUE LOS  
NIÑOS  
SOÑARON

Por Carol Malaver

Maikol Andrés Ovalle Roa suele preguntarse por qué los adultos siempre responden lo mismo cuando un niño se topa con un problema y necesita una solución. A Maikol, de 15 años y estudiante del colegio Pablo Neruda, en la localidad de Fontibón, le parece que los mayores cercenan sus ideas con explicaciones sin sentido: es como si tuvieran una respuesta negativa y automática para todo.

Maikol recuerda cuando rompió una ventana con un balón de fútbol y, después de aceptar su culpa, propuso hacer una colecta entre los vecinos para construir una cancha, pero unos adultos —siempre los adultos— le dijeron que no había plata. Recuerda también cuando recorría el sucio centro de Bogotá con unos profesores de su colegio y les propuso organizar una jornada de recolección de basura para que la ciudad se viera más bonita, pero le respondieron que eso era imposible por el volumen de los desechos.

“Los adultos se la pasan hablando de la voz del pueblo, pero toman decisiones sin escucharlo —reflexiona Maikol, quien está convencido de que solo con ideas se puede cambiar el mundo—. Si la sociedad entendiera que desincentivar la participación es un grave error, todo sería mejor”.

Comer cuento nunca ha sido lo suyo. Por eso, hace años empezó a imaginar la ciudad en la que quería vivir: una que, en definitiva, no era la que los adultos le planteaban. Sus ideas han sido tan poderosas que hace poco logró presentarlas

ante el mismísimo Concejo de Bogotá... pero ya llegaremos a eso.

Maikol vive su adolescencia inmerso en libros y tableros de ajedrez, más que pensando en fiestas. Ha crecido en la Zona Franca de Fontibón, un sector donde se mezclan casas y bodegas, y donde los andenes viven ocupados por el cargue y descargue de mercancías. “Mi barrio es una ciudadela y tiene menos de 15 años de antigüedad —dice, viendo siempre el lado positivo. Su rostro es todavía el de un niño que se emociona por todo—. Me gusta porque alberga un gran parque llamado Metropolitano, donde jugamos los fines de semana. La economía de esta zona es diversa por estar al lado del parque empresarial Zona Franca. Hay muchos centros comerciales, diferentes a las tiendas de la esquina”.

Es hijo de Miguel Ángel Ovalle Alfonso y Alcira Roa Velásquez, un ingeniero electricista y una archivadora originarios de Garagoa, Boyacá. A su lado, Maikol se ha convertido en todo un líder. Ellos son su inspiración, los que siempre le han dicho: “Mijo, la educación es lo más importante”. Y él, sin dudarlos, les ha copiado la idea. “Una sola persona puede hacer muchas cosas buenas, y si cada uno es como un granito de arena, imagínate la playa que puede ser la ciudad, el país o el mundo”.

Al colegio Pablo Neruda entró en el 2014. Llegó a cursar primero de primaria. Fue

allí donde todo lo que maquinaba su cabeza empezó a cobrar sentido. Ese lugar de paredes de ladrillo le permitió expresarse, y eso que parece tan obvio —poder expresarse tal cual se es— a veces no es tan fácil para un niño. “Me gusta mi colegio porque hay forma de materializar ideas. Por ejemplo, en los clubes STEM (una iniciativa distrital que busca enfrentar los desafíos sociales a través de la formación en ciencia y tecnología) queríamos darle aire limpio a la calle 13, que nos queda al lado y es foco de contaminación debido a los automotores, y ahora estamos construyendo algo para mitigar esa problemática”.

Maikol todo lo explica. Habla, participa, opina y da ideas sin esa vergüenza de la que tantos sufren. Te mira a los ojos y va soltando palabras sin respirar. Gracias a su personalidad arrolladora, no tardó mucho en comenzar a destacarse en el colegio. Por eso, los profesores siempre lo tenían en cuenta para participar en los proyectos de la SED, incluso en épocas de pandemia, cuando la virtualidad todavía mandaba la parada. Poco a poco, se fue convirtiendo en un referente de un programa llamado ‘Niños con talento’, que potenciaba las cualidades y destrezas de los estudiantes y, a su vez, empoderaba a otros niños como él. Solo tenía 12 años.

“Un día, en plena pandemia, yo estaba jugando fútbol en el parque —cuenta—. Mi papá me llamó y me dijo que entrara a una reunión convocada por la SED. Ahí me hablaron de tres



proyectos: un comité editorial, una fiesta de Halloween y otro de dar ideas para una ciudad soñada”. La última era un programa que del 2020 hasta ahora ha apoyado 533 ‘superideas’, nombre que les dieron a las propuestas de las niñas y niños para hacer de Bogotá una ciudad mejor.

“Ese día me cogieron de afán”, dice, como todo un ejecutivo. En la primera actividad, recuerda, lo pusieron a idear folletos sobre la necesidad de cuidar los humedales. “Notaron que yo hablaba muy bien y entonces me invitaron a más actividades en 2021 y terminé en el proyecto de ciudad”.

Desde entonces, Maikol ha asistido a todas las actividades en que se plantean y desarrollan las ‘superideas’. Hablando con otros niños, y escuchándolos, se ha ido empapando de otras realidades sociales de Bogotá, su ciudad. Lejos estaba de imaginarse que niños de su misma edad tuvieran vidas y contextos tan diferentes.

En una ocasión, los llevaron al Parque Ecológico de Cantarrana en Usme a conocer el domo. Ese día, Maikol no podía de la emoción. Conoció a niños de todas las localidades de Bogotá y de las zonas rurales de la periferia, hasta ese momento desconocida para él. Jugó mucho, y también se empapó de los problemas que le contaron los otros niños. Le impactó conocer sus realidades, pero, al mismo tiempo, lo reconfortó entender que un niño siempre busca la felicidad si se lo permiten. “Valoré más el parque

de mi barrio, porque hay quienes no tienen ni un pedacito verde para jugar”.

Y es ahí, precisamente, donde parece estar el problema. “Los adultos siempre repiten lo mismo —dice Maikol—. Los niños y jóvenes tienen ideas en la cabeza, pero les dicen que no pueden participar porque son demasiado inexpertos. Y no: yo creo que el mundo no tiene que ser de una sola manera, de un solo color, sería muy aburrido”.

¿Quién sabe qué es lo mejor que puede tener un parque? ¿Debemos ser solo un molde de lo que nos digan los adultos? ¿Siempre hay que tener plata para hacer realidad una idea? Esas preguntas bombardeaban la cabeza de Maikol en sus días de colegio.

Maikol recuerda la conmemoración del Día de los Niños y las Niñas del año 2021. Fue el 28 de abril, en la Biblioteca Pública Virgilio Barco Vargas. Niños de toda Colombia y de otros países de América Latina asistieron. “Increíble, ellos también querían tomarse la palabra que por muchos años les habían negado”.

Y fue entonces cuando la SED les puso a Maikol y a otros jóvenes un reto que no esperaban. “Nos dijeron que las actividades que habíamos realizado estando en nuestros colegios y en las visitas a otros planteles y sitios de la ciudad estaban bien, pero que esas experiencias tenían que convertirse en un proyecto para presentar en el Concejo de Bogotá”.

Todo lo que habían aprendido de disposición de basuras, de cuidado de fuentes hídricas, de cultura ciudadana, etc., tenía que hacer parte de dicho proyecto. Los pequeños ponentes tenían claro que el día de la presentación no querían una sesión aburrida, como es común en el cabildo distrital; querían un espacio en el que, a través del juego, los concejales entendieran que los niños tienen derecho a ser escuchados.

Al final, tuvieron que esperar hasta el 2023 para que se diera el anhelado evento: la primera plenaria para la aprobación del proyecto. “Muchos jóvenes participaron en su consolidación. Niños de localidades como Sumapaz, niños del departamento de La Guajira, del Amazonas, de Boyacá, niños que migraron desde Venezuela. Todas las ideas eran importantes”, recuerda Maikol.

Había nerviosismo. Aquel día, 28 de febrero del 2023, la secretaria de Educación, Edna Bonilla, acompañó a siete niñas y niños al Concejo para presentar su proyecto. Debían explicar con claridad las características de la ciudad que sueñan.

Expusieron tres puntos: el primero, organizar jornadas para jugar y crear, a través de diferentes actividades, entre ellas, la siembra de árboles; el segundo, conmemorar los días especiales de la ciudad, y el tercero, hacer laboratorios creativos con la participación de niños, adultos y gobernantes.

“Claro, nos ideamos una dinámica para que no fuera aburrido —recuerda Maikol—. Queríamos que se relajaran, cerraran los ojos y entendieran lo que les íbamos a decir”. Y así fue como pusieron a los cabildantes a meditar para que salieran de la rutina. “Hablamos de arte, de cultura, de seguridad, de diversidad cultural, de diversión, todo lo que es importante para nosotros”.

En ese momento, Maikol recordó algunas de las ideas más raras que se les ocurrieron a él y sus compañeros, como la de una niña que quería hacer un tobogán desde la parte más alta de la torre Colpatria. “Esas locuras también hacen parte de lo que somos. Imaginamos y somos creativos. Queremos cambiar nuestro entorno”.

Y recordó también a los niños del Bajo Baudó, en el Chocó, que le hablaron de la guerra. Uno de ellos le contó que cuando llegaban los violentos y los desplazaban de sus tierras, ellos lloraban mucho. “Yo pensaba: ¿sí los escucharán? De ahí pueden salir futuros presidentes, científicos, buenos economistas. Podrían ser los salvadores de esta sociedad”.

Al final, así fuera en medio del juego, los concejales sabían que se estaba hablando de algo muy serio. Este proyecto tenía que servir para que, de ahí en adelante, y como debió ser siempre, los niños tuvieran voz.

El propósito de ese día se logró. La comisión de Gobierno del Concejo aprobó el Acuerdo

887, mediante el cual “se declara a Bogotá como ‘La ciudad de las niñas, niños y adolescentes’”.

La secretaria Bonilla —quien acompañó a los estudiantes Maikol Andrés Ovalle, Avril Villalba, Carlos Caridad, Isabella Novoa, Lucía Rincón, Nicolás Ardila y Janny Quiroga— no podía de la dicha. “También pusimos en marcha unos laboratorios para la reflexión de ideas para la ciudad soñada. Estábamos muy felices”.

De ahí en adelante, todo fueron logros. Por ejemplo, fue realizado un Consejo de Gobierno con 16 niñas líderes, que contaron sus preocupaciones sobre la violencia contra la mujer, la convivencia y la contaminación ambiental. Una de esas pequeñas fue Isabella Novoa, estudiante del colegio Enrique Olaya Herrera: “Muchas veces piensan que soy muy chiquita para opinar, pero tengo ideas gigantes sobre las que los adultos deben poner la lupa”.

Ella y cuatro compañeras más crearon un espacio estudiantil para enseñar a los demás que el mundo necesita escuchar lo que callan, por miedo o por no sentirse seguras de sí mismas, las mujeres víctimas de las violencias. “Queríamos representar, en diferentes espacios, a los niños y las mujeres que se han sentido víctimas de maltratos, violencias, abusos o se han sentido mal por no poder expresarse”, cuenta Isabella.

Esta iniciativa ha rodado por diversos espacios institucionales y distritales, como el mismo Concejo de Bogotá, donde estuvo presente

en el marco del lanzamiento de la campaña ‘Pilas ahí’. También fue parte de una edición de la revista *Escuela y Pedagogía*.

Pero eso no es todo: otros 8.400 niños y niñas compartieron, en jornadas pedagógicas, sus ideas para el Plan Distrital de Desarrollo. Por ejemplo, 1.605 presentaron propuestas para mejorar el sistema de transporte.

Hace falta mucho por hacer. Maikol dice que le molesta la poca empatía y solidaridad en la ciudad. No le gusta que la gente ande estresada, pero cree firmemente que la solución para todos los problemas es pensar en comunidad.

No sabe qué profesión quiere estudiar, pues siente pasión por muchos campos. Quizás es porque ha contado con la suerte de estudiar en un colegio donde lo escucharon, donde le mostraron un sinnúmero de posibilidades y donde estuvo rodeado de profesores que lo guiaron todo el tiempo. “Mis papás no me presionan. Me dicen que me enfoque en terminar el bachillerato y que luego decida. A mí me gusta el deporte, el tenis, el ajedrez, las políticas públicas, escribir, leer, también programar. Le hice la página web a mi papá, es sobre energías limpias. No descarto ser presidente”.

Su mamá le ha enseñado el don de aprender a escuchar —“porque el que no lo hace es

Los sueños de Maikol Andrés Ovalle Roa, de sus compañeros y de miles de niños y niñas más se compilaron en un proyecto que fue aprobado por el Concejo de Bogotá.



como si tuviera una venda en los ojos”— y su papá le ha inculcado los valores, la responsabilidad, la puntualidad y el respeto. “El simple hecho de saludar a los vigilantes del colegio ya es un gran avance. Nelson Mandela decía que el arma más importante para cambiar el mundo es la educación. Si un niño no progresa, no progresan la comunidad ni el país. Si un niño bota basura y no le enseñan que eso no está bien, va a ser un adulto haciendo lo mismo”.

Al final de toda esta travesía, Maikol ya no siente miedo de enfrentar a quienes un día le dijeron que no. “Sí se puede hacer una cancha de fútbol, sí se puede recoger basura para tener una ciudad más linda, sí se le puede preguntar a un niño cómo se imagina su Bogotá”.



# Transformando nuestras relaciones en la escuela

**E**l colegio Ricaurte acompañó a los jóvenes trans y miembros de la población LGBTIQ+ para que se respetaran sus derechos en el centro educativo; el colegio IED Los Tejares logró superar, junto a sus estudiantes, el suicidio de uno de los alumnos (muchos padres y madres de Bogotá se prepararon en el manejo de los problemas de salud mental de sus hijos e hijas en caso de que estos llegaran a presentarse), y en el colegio Heladia Mejía IED se atendió un caso de violencia sexual y se desarrollaron acciones de prevención en primero y segundo de primaria.

¿Son estas acciones propias de la educación escolar? Sí. Para la Secretaría de Educación del Distrito estos hechos descritos aquí son tan solo algunos de los resultados positivos que vivieron estudiantes, familias y profesores de Bogotá como

parte de la preocupación de la entidad por convertir la escuela en mucho más que un espacio de transmisión de contenidos académicos, porque, como lo explica en sus documentos, “la escuela desempeña un rol fundamental a nivel social para la transformación y deconstrucción de estructuras hegemónicas y culturales que han perpetuado formas de relacionamiento violentas. Es por esto que no se puede encasillar a la escuela en la transmisión de conocimientos y procesos académicos. Al contrario, es el escenario ideal para la formación integral desde el ser y el saber”.

La atención socioemocional de toda la comunidad educativa fue una prioridad para esta administración y, en ese sentido, entendió que la escuela debe ser un territorio seguro, libre de discriminación o de cualquier tipo de vulneración, en el que se valore y respete la diferencia; por eso, se buscó transformar la convivencia escolar para que fuera posible crear relaciones interpersonales horizontales, asertivas y pacíficas, que aporten en la construcción de escuelas democráticas y libres de violencias.

Para ello, la Secretaría de Educación del Distrito abordó la convivencia escolar desde los enfoques de derechos, diferencial, de capacidades y de género, lo cual permitió darle una visión más amplia a lo que implica ir a un colegio y convivir con los demás.

Lo primero que necesitaba para cumplir con su propósito era información precisa para

conocer cuáles eran las problemáticas reales de la comunidad educativa, así que tomó los datos de la plataforma del Sistema de Alertas de la SED, una herramienta informática diseñada para el reporte de eventos y situaciones de presunta vulneración en contra de los y las estudiantes. Estos reportes los hacen los colegios.

Con esta información, y la creación de un equipo interdisciplinar que se robusteció a lo largo de la administración, fue posible acompañar a las áreas de orientación escolar de los colegios para implementar la Ruta de Atención Integral cuando se presentaron presuntos eventos de vulneración de derechos humanos, sexuales y reproductivos o eventos de afectación a la salud mental y física que impactaron la convivencia escolar.

Las principales demandas de los y las estudiantes estaban reunidas en tres temáticas: salud mental, hostigamiento escolar y violencias basadas en género y violencia sexual.

Las noticias registraron, por ejemplo, el caso del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús Bethlemitas, sede Chapinero, en el que un colectivo de alumnas y exalumnas del colegio denunciaron, a través de una página en Instagram y la manifestación pacífica, que habían sido víctimas de violencia de género en la institución. En este caso, la SED acompañó a las estudiantes en su derecho a la manifestación y en la búsqueda de soluciones y medidas de prevención.

Las palabras y los hechos de las alumnas eran contundentes: el periódico *El País América* iniciaba así su historia: “Sandra Páez llevaba esperando este momento desde hace años. Frente al colegio en el que estudió toda su vida quemó la falda del uniforme y sacó un grito que tenía atragantado desde que era una niña: ‘En este lugar abusan y acosan’. La violencia contra las alumnas del Sagrado Corazón de Jesús Bethlemitas ha dejado de ser la denuncia que se escucha en los pasillos desde hace años, sin que alguien haga algo. Estudiantes y exalumnas han decidido romper el silencio y actuar públicamente ante la impunidad dentro de la institución. ‘Que ardan los símbolos por los que un día fuimos acosadas’, decía Sandra, tras quemar el pedazo de tela”.

La SED estuvo presente y acompañó a estas estudiantes que encontraron en el Distrito garantías para expresarse y también seguimiento para que el colegio cumpliera con los acuerdos, una tarea que fue más allá de un salón de clase y que mostró cómo para esta administración atender conflictos socioemocionales y hacer respetar los derechos de los estudiantes fue una prioridad.

La salud mental fue otra de las prioridades para la SED, sobre todo porque es uno de los temas que ha cobrado mayor relevancia en el mundo por la pandemia; por ello, fue definitivo trabajar en las escuelas la gestión y el bienestar emocional para fortalecer las redes de apoyo y

mitigar problemáticas relacionadas con la conducta suicida y el consumo de sustancias psicoactivas.

En ese sentido, la administración lanzó la campaña ‘Todas y todos podemos salvar vidas’, a través de la cual buscó generar conciencia en la ciudadanía sobre la capacidad que tienen todas las personas para detectar e informar sobre situaciones de posible afectación de la salud mental en sus familias o en la escuela y buscó prevenir el suicidio en niños, niñas, adolescentes y jóvenes.

Aquí entraron a ocupar nuevamente un lugar los superpoderes: el tacto superagudo, para dar un abrazo cuando alguien lo necesite; la supervista, para ver cuando alguien está triste y necesita pedir ayuda; el superoído, para escuchar a amigos y amigas; la supercompañía, para estar siempre en las buenas y en las malas, y el superpoder de las superpalabras, para decirle que lo entiende y que lo puede acompañar a pedir ayuda. Porque como dice la iniciativa: “Tienes el poder de salvar vidas, incluso la tuya”.

Otra campaña fue ‘Pilas ahí’ enfocada en la prevención de violencias sexuales contra estudiantes. Esta campaña recopiló las voces de niñas, niños y jóvenes que han participado en procesos pedagógicos de promoción de derechos humanos, sexuales y reproductivos, así como de prevención de violencias. Además, la Secretaría lanzó el curso virtual Juntas y Juntos para prevenir las violencias sexuales en la escuela, dirigido a los más de

34.000 docentes y directivos de los colegios del Distrito con el propósito de garantizar que todos los miembros de la comunidad educativa cuenten con las herramientas necesarias para prevenir y abordar las violencias sexuales. También se creó una planta temporal de 200 docentes orientadores, quienes desde el 2021 se encuentran en el mismo número de instituciones educativas acompañando a los estudiantes y sus familias.

Toda la estrategia de acompañamiento está respaldada en la Ley 1098 del 2006 Código de Infancia y Adolescencia y en la Ley 1620 del 2013, y su decreto reglamentario 1965 del mismo año, por el cual se crea el Sistema Nacional de Convivencia Escolar para el Ejercicio de los Derechos Humanos, Sexuales y Reproductivos.



Este marco legal fue importante no solo para sustentar las acciones a seguir, sino porque en muchos casos fue necesario tener una comunicación directa y oportuna con las diferentes entidades que hacen parte del Sistema Nacional de Bienestar Familiar.

Con el convencimiento de que estos programas deben ir más allá de los gobernantes de turno y permanecer en el tiempo, la Alcaldía Mayor y el Concejo de Bogotá crearon la Oficina para la Convivencia Escolar, a través del Decreto Distrital 310 de 2022. Esta iniciativa es pionera en el país y referente en Latinoamérica, y no es para menos. Como lo dice Juan Pablo Martínez, egresado del colegio Ricaurte IED y uno de los protagonistas de la historia que inicia esta colección de libros (*Vivir sin miedo*): “El cambio no solo comienza en tu casa, el cambio surge en el colegio; si todos aquellos que son discriminados, que sufren de abusos y son víctimas del matoneo cuentan con el apoyo de sus orientadores y sus profesores en los centros educativos, casos como el de Sergio Urrego se podrían evitar. Tener ese lazo, esa ayuda, puede salvarte la vida, es como sentir de cerca a un amigo que te da la mano para animarte a salir de la cama”.

# Restaurar tejiendo

La gestión de conflictos en la escuela es un tema que ha ocupado múltiples disciplinas e investigaciones que plantean la importancia de promover acciones, desde temprana edad, para formar sujetos integrales capaces de vivir en sociedad a partir de sus diferencias. En Colombia este reto se ve permeado por el contexto del conflicto armado interno que ha naturalizado las formas violentas de asumirlo.

Por eso, comprender el conflicto armado dentro de la escuela exige observar las consecuencias psicosociales, políticas, económicas, ecológicas y culturales que ha generado, tales como el miedo, la desconfianza, el no ceder y el aislamiento, y que caracteriza la ruptura del tejido social.

Desde la década de los años 70, se viene promoviendo en varias partes del mundo un enfoque, mecanismo, método y herramienta pedagógica

denominada “justicia restaurativa”. Este planteamiento tiene un vínculo estrecho con los procesos de administración de justicia y surge casi como “opuesto” al planteamiento de la justicia punitiva (castigar un daño con una sanción mucho más severa que el daño mismo).

Como lo señalan algunos de sus autores, la justicia restaurativa es un enfoque que se interesa por las necesidades de la víctima y los roles de todas las personas involucradas en una situación propiciada por un delito u ofensa. Así, entonces, no solo se ocupa del daño y la forma de retribuir lo perdido a quien pudo haber resultado afectado, sino que reconoce que lo ocurrido afectó a todas las partes, es decir, a la víctima, al responsable u ofensor y a sus comunidades afectivas (Zehr, 2010; Wachtel, 2013).

Se habla de enfoque, porque ciertamente permite tener una mirada más amplia de lo ocurrido, que supera el evento en sí mismo, atiende las causas y consecuencias y, sobre todo, busca involucrar a más partes a fin de obtener resultados más amplios. Así, más que ser una forma de abordar los conflictos entre las personas, es, ante todo, una estrategia que busca, como su nombre lo indica, restaurar lo ocurrido en quien resultó afectado, en el presunto responsable, en las comunidades cercanas a ellos y en los vínculos o las relaciones. Investigaciones demuestran que cuando se aplica este tipo de justicia no solo se atiende el origen que llevó a la acción

cometida, sino que se disminuye la reincidencia y con esto se accede a mecanismos de prevención.

Este tipo de justicia tiene muchos escenarios de aplicación en un contexto como el colombiano (el acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera la consideró para que fuera asumida por la JEP) y la Secretaría de Educación del Distrito lo viene implementando en contextos escolares para potenciar la convivencia escolar y poner en el centro el derecho a la paz y la restauración como un camino para transformar las relaciones escolares.

Por ejemplo, en una situación en la que un(a) estudiante, llevado(a) por un momento de ira porque otros más se están burlando de él (ella), toma una piedra en un recreo y la lanza para que “sus agresores” detengan la burla, ¿qué debe hacer el docente que va pasando por ese patio de recreo y ve la escena? ¿Qué piensa? ¿Cómo actúa? ¿Qué hace la madre de quien recibió la pedrada?

Los colegios públicos en Bogotá han adoptado la justicia restaurativa como el enfoque para abordar y gestionar pacíficamente este tipo de situaciones. ¿Esto qué significa? Que los colegios han formado a su comunidad educativa en dicho enfoque, han empezado a tener prácticas de diálogos restaurativos e incluso han hecho modificaciones en sus manuales de convivencia para que las sanciones allí estipuladas sean, ante todo, acuerdos comunes que impliquen la restauración



Alexandra Peña, profesora de Español del Colegio Instituto Técnico Internacional IED, durante un encuentro de Justicia Escolar Restaurativa.

para las partes que resultaron involucradas en una situación como esta (por ejemplo, en algunos casos la “expulsión” no se considera, ya que este “tiempo fuera” no acompañado muchas veces no contribuye a reflexionar sobre el daño causado).

Volviendo al ejemplo: ¿cómo se promueve un diálogo restaurativo en dicho caso? Líderes en el tema como Schmitz (2018), Wachtel (2013) plantean la importancia de que, luego de atender la urgencia (en este caso detener el ataque y curar las heridas físicas de los agredidos), se realicen espacios de diálogo por separado con cada una de las partes, sus familiares y allegados (como amigos).

El diálogo consiste, sobre todo, en plantear algunas preguntas abiertas en las que se invite a cada uno a expresar su sentir y a empatizar con



Docentes, orientadores y directivos, durante la certificación del Curso en capacidades ciudadanas y socioemocionales hacia la Justicia Escolar Restaurativa.



El 3 de mayo se hizo el lanzamiento de la Red de Escuelas como Territorios de Paz.



quien puede ser la contraparte. Este proceso de empatía implica, además, considerar la forma de cómo es posible actuar en beneficio de la otra parte para que se disminuya su malestar, se reconozcan las afectaciones y se retribuya su dignidad. Esto ciertamente no es una fórmula mágica, pero sí es una manera distinta, toda vez que invita al adulto acompañante a asumir un rol reflexivo y co-constructivo, en el que la conversación hace posible restituirse emocionalmente y, sobre todo, analizar las consecuencias de lo ocurrido para quienes pudieron estar implicados. Se deja de juzgar y se abre un espacio de reconocimiento de lo que está ocurriendo, para buscar otras alternativas de solución.



Una vez se ha tenido un diálogo separado (que puede ser de uno o varios encuentros, dependiendo del evento y el nivel de afectación para quien o quienes resultaron agredidos), se desarrolla lo que se denomina un “encuentro o círculo restaurativo”. La recomendación es que este espacio se realice si quien presuntamente es responsable está dispuesto a escuchar y si quien resultó afectado se siente cómodo con el encuentro. De ser así, se convoca una reunión en la que son invitadas la persona agredida y su comunidad afectiva (amigos o familiares), al igual que los presuntos responsables y su comunidad afectiva. Así, entonces, pueden ser reuniones de más de 15 personas que se sientan a conversar sobre lo ocurrido

de una manera respetuosa y con una finalidad de acordar acciones de reparación.

Quienes facilitan el diálogo previamente habrán tenido encuentros con cada uno de los invitados, para explicarles lo que ocurrirá y el mecanismo de conversación, pactando sobre todo las reglas del diálogo. Siguiendo con el ejemplo se invitaría a quien lanzó la piedra, a quien recibió la pedrada, a los demás implicados en la burla y a algunos familiares de unos y otros estudiantes.

El espacio de escucha y conversación denominado “círculo restaurativo” puede ocupar más de tres horas durante las cuales las personas se escuchan atentamente. No se permiten distracciones como el celular. Quien facilita, plantea algunas reglas de conversación, como hablar en primera persona, no juzgar y no emplear palabras soeces. Generalmente tienen una “pieza para hablar” que es un objeto que denota quién está hablando para que los demás escuchen atentamente. Se invita a que todas las personas dentro del círculo expresen cómo se sintieron con los hechos ocurridos y qué piensan que el otro sintió por efecto de la agresión. El objetivo es promover solidaridad hacia la víctima y atender responsablemente lo ocurrido de forma colectiva. Luego del proceso de escucha profunda, se busca entre todos asumir compromisos de cambio que se consignan en actas y se plantean acciones de seguimiento.

Esos conceptos no se han quedado en teoría. La Secretaría de Educación del Distrito los ha concretado en 391 experiencias de Justicia Escolar Restaurativa y ha sido tal el alcance que en julio de este año se llevó a cabo el Encuentro Internacional de Justicia Escolar Restaurativa: construyendo Escuelas como Territorios de Paz, el cual reunió a expertos, expertas, docentes, líderes y lideresas en el campo de la justicia restaurativa de todo el mundo y a las comunidades educativas de Bogotá que trabajan por la construcción de paz desde este enfoque.

Este espacio fue convocado por la Secretaría de Educación del Distrito junto con la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). Para Edna Bonilla, secretaria de Educación, “es un paso importante para fortalecer la Justicia Escolar Restaurativa como un pilar fundamental en la construcción de entornos educativos más equitativos y respetuosos. La gestión de las emociones y el enfoque restaurativo nos brindan herramientas poderosas para transformar la forma en que abordamos los conflictos en nuestras escuelas, promoviendo la reconciliación y el crecimiento personal”.

Una de estas 391 experiencias de Justicia Escolar Restaurativa es la que se cuenta en las siguientes páginas, de la que el colegio Atahualpa IED de la localidad de Fontibón es el protagonista.

Página siguiente: La SED ha desarrollado diferentes encuentros en distintos escenarios de la ciudad alrededor de las escuelas como territorios de paz y de la Justicia Escolar Restaurativa.







# Una sala de desconexión para equilibrar las emociones

Por Vanesa Castro Salamanca

**A** las 8:50 de la mañana suena, sin falta, el timbre que da inicio al primer descanso de la jornada en el colegio Atahualpa, ubicado en la localidad de Fontibón. En cuestión de segundos, el ruido de los niños jugando y hablando invade los corredores y los patios. Un grupo de estudiantes corre hasta una de las puertas metálicas azules del segundo piso para preguntar si hay cupo en la Sala de Desconexión.

Ese nombre, Sala de Desconexión, se lee, en letras coloridas, encima de la puerta. Casi siempre está llena. Desde que abrió sus puertas, este año, los estudiantes buscan el espacio para desconectarse, para sentirse mejor, para participar en actividades que les ayuden a gestionar sus emociones. Una caja plateada con el letrero “¿Qué problema quieres dejar hoy?” les da la bienvenida a los visitantes. Todos introducen un papel en el que han escrito la emoción que los llevó hasta el lugar, la emoción que quieren trabajar.

Un estudiante se pone unos guantes grandes, se para frente al saco negro de boxeo que cuelga de una esquina y comienza a darle puños, primero con el brazo derecho y luego con el izquierdo. Otros dos inician un partido de fútbolín. Uno más se sube a una bicicleta estática y empieza a pedalear. Otro par juega pimpón. La idea es que aprendan a gestionar sus emociones a través de estas actividades. Están en el primer espacio de la Sala: el dedicado al movimiento.

Para Wilson Chaparro, docente de Educación Física, la actividad corporal estimula la producción de ciertas hormonas en el cerebro. “Disminuye el cortisol y aumenta las endorfinas, que son unas sustancias químicas que producen bienestar —explica—. Cuando nos movemos, ya sea con el baile, el juego o cualquier actividad física, disminuyen las emociones de rabia o ansiedad. Si alguien de pronto está bajito de nota y comienza a hacer bicicleta estática, puede terminar emocionado. Se genera bienestar, es algo placentero”.

Pero este espacio de movimiento no es el único en la Sala de Desconexión: tras caminar por un pequeño corredor, aparece otro ambiente. El olor a “pétalos de rosa” que expele un ambientador invade el salón que antes funcionaba como una oficina de documentación y ahora es una zona de relajación. Un grupo de cinco niños se sienta sobre una colchoneta. Música tranquila suena en un pequeño parlante, ubicado entre dos sillas masajeadoras. También hay un espejo y un estante con cerca de 40 libros.

Valentina Romero es estudiante de 8.º grado. Asegura que le gusta mucho la idea de la Sala de Desconexión, porque es una opción distinta para aprovechar el descanso. Es la segunda vez que asiste al lugar. Se sienta sobre una de las sillas masajeadoras y lee un capítulo de *Cuentos de humor negro*. La música y el olor la relajan.



Elizabeth Vanegas, orientadora escolar, y los docentes Wilson Charro, de Educación Física; Marcela Vargas, de Sociales, y María Fernanda Idárraga, de Inglés, hacen parte de la experiencia de la Sala de Desconexión.

Laura Michelle también cursa 8.º grado. Es la primera vez que entra a la Sala. Lo hace motivada. Quiere dejar de lado el estrés que le producen los exámenes trimestrales. “Quería tener un momento a solas —confiesa—. El año pasado no teníamos esta oportunidad, todo era puro ruido y no había un espacio para la tranquilidad. Cuando

montaron este lugar, yo quería inscribirme, pero se llenó mucho. Y cuando había, tenía que estudiar para las evaluaciones”. Su plan para relajarse consiste en leer algo, recostada en una colchoneta, mientras disfruta del ambiente.

A su lado está Juan Esteban Torres, uno de los voluntarios de la Sala, que también es estudiante. “Me gusta ayudar mucho a que los jóvenes se sientan bien, que mis compañeros puedan tener un buen entorno al cual llegar —explica—. Por ejemplo, algunos llegan de estar estresados por los exámenes, buscando liberarse, y se van bastante contentos de la Sala porque se divierten mucho, juegan, aprenden, y acá pueden mostrar sus aspectos creativos, leer y relajarse”.

Pero ahí no para todo: el colegio adecuó, también, un tercer ambiente innovador para los estudiantes. Frente a la zona de relajación está un rincón dedicado al arte. Es el más colorido de la Sala. En sus paredes, están exhibidos algunos dibujos de los estudiantes. Predominan los atardeceres, los árboles y las flores. Sobre la mesa principal, que da hacia una ventana, hay lienzos, témperas, colores y algunas lanas para practicar tejido. También funciona a veces como mesa de juegos y un par de estudiantes disputa una partida de ajedrez.

La Sala está dispuesta para atender un grado por día. Los lunes asisten los de 6.º; los martes, los de 7.º; miércoles, 8.º; jueves, 9.º, y viernes, los de 10.º y 11.º.

Son las 9:20 de la mañana. El timbre vuelve a sonar, pero esta vez para anunciar que el descanso de 30 minutos terminó. Todos vuelven a sus clases. “Me llevo paz y el abrazo más dulce, gracias”, reza uno de los mensajes escritos sobre una cartelera en la que los estudiantes pueden expresar lo que se llevan de la Sala de Desconexión.

## Todas las emociones son válidas

La Sala de Desconexión fue una de las ideas seleccionadas para ser apoyadas por el programa de Justicia Escolar Restaurativa (JER) de la Secretaría de Educación del Distrito. El objetivo: crear estrategias para resolver de manera pacífica los conflictos que se puedan presentar entre los estudiantes.

“Uno de los objetivos de la Sala es que los estudiantes puedan equilibrar sus emociones, ya sea por un problema familiar, escolar o personal —comenta Luis Alexander Castro, rector encargado del colegio Atahualpa—. También es un espacio que se abre a los profesores para que trabajen con los alumnos para fortalecer la parte emocional o como una acción pedagógica de restauración cuando cometan un error”.

Elizabeth Vanegas es la orientadora escolar del Atahualpa. Sus palabras parecen complementar las del rector encargado. “El principal proble-

ma que encontramos fue la salud mental de los estudiantes —dice—. Por eso, se creó este espacio, que se resume en una sala de bienestar donde el estudiante encuentra múltiples herramientas para equilibrar su emoción”.

La orientadora Vanegas cuenta que, a finales del 2022, el colegio recibió cuatro millones de pesos para hacer realidad el proyecto. Con esa plata dotaron la Sala. Y el resultado ha sido positivo. De los 550 estudiantes con los que cuenta la sede B —la de bachillerato—, cerca de 120 están asistiendo, al menos una vez por mes, a la Sala. Una cifra que va en aumento: recién inaugurada, asistían 60 estudiantes en promedio.

Pero más allá de los números, lo que busca el colegio es enseñarles a los estudiantes que no existen emociones buenas o malas, pero sí existen estrategias para gestionarlas de manera asertiva. Alejandra Cabrera, gestora territorial de la estrategia JER, explica que es muy común que la gente crea erróneamente que las únicas emociones positivas son las de tranquilidad y felicidad. “Hay que lograr entender que todas las emociones son válidas y nos sirven en algún momento —aclara—: hacen parte de nosotros y pueden ser permeadas por las vivencias de diferentes contextos, el colegio, la familia, el barrio... Estrategias como la Sala de Desconexión permiten a las instituciones continuar construyendo escuelas como territorios de paz, y la apuesta de la Justicia Escolar

Restaurativa es precisamente esa. No necesariamente tengo que quebrar algo para restaurarlo, sino que a veces tengo que también adelantarme a lo que pueda pasar para prevenir y proveer a las personas de las herramientas necesarias”.

María Fernanda Idárraga, docente de Inglés, recuerda un grupo que estaba presentado grandes problemas de convivencia y comportamiento. “Pudimos hacer un ejercicio de diálogo en la Sala que permitió promover prácticas restaurativas —explica la profesora Idárraga, quien está convencida de que tanto los docentes como los estudiantes se están formando como líderes en justicia restaurativa—. Esta estrategia busca que los estudiantes comprendan que hay diferentes formas de gestionar el conflicto y que el hecho de que yo me equivoque no significa que siempre vaya a quedar con la etiqueta o que no pueda cambiar. Siempre ponemos las emociones en medio, porque yo no puedo hablar de gestionar un conflicto, o de restaurar, o de reconciliarme, cuando ni siquiera entiendo cómo me siento cuando alguien me hace daño”.

Y la intervención en ese grupo que estaba presentando problemas resultó muy exitosa: los niños y las niñas decidieron abrirse emocionalmente para contar qué los afectaba y el porqué de su comportamiento. “Encontramos problemas de afectividad que, seguramente en otros espacios, no habían podido manifestar ni entre ellos mismos ni al resto de los adultos —cuenta Marcela Vargas,

docente de Sociales, quien es enfática en que los profesores no son ni policías ni investigadores ni mucho menos jueces: son mediadores y conciliadores—. Vi la transparencia del ejercicio, de lo que estaban viviendo en sus hogares y dentro del aula. Me removió. Tenían muchas emociones mal gestionadas, muchos problemas y vacíos existenciales. Hay padres ausentes, por lo que los niños se crían solos o en la calle y eso es un caldo de cultivo para que todo el conflicto estalle”.

La profesora Marcela tiene la convicción de que la única manera de lograr sociedades más justas e incluyentes es aprendiendo a gestionar las emociones y los conflictos. Y su compañera María Fernanda la complementa, volviendo a los jóvenes que participaron en la actividad de la Sala: “Los estudiantes pudieron abrir su corazón. Me sentí muy conmovida, hay muchos que no tienen padres presentes, hay otros que los tienen presentes pero la relación está muy quebrada, no pueden entenderse ni comunicarse correctamente”.

Por eso, involucrar a los padres de familia también es uno de los objetivos de la iniciativa. La idea, entonces, es que al menos una vez al mes asistan a la Sala de Desconexión, como lo hacen sus hijos y nietos. El primer paso de esas actividades, para romper el hielo, es invitarlos a que compartan sus saberes. Por ejemplo, hay abuelas y mamás que saben tejer y tienen el tiempo para enseñar sus habilidades a los estudiantes. “Otra de las ideas a

corto plazo es hacer encuentros con los padres para que hagan el ejercicio de generar conciencia sobre la relación que llevan con sus hijos. No se trata de juzgarlos sino de hacerlos parte fundamental de estos procesos”.

El rector encargado Castro está feliz con el proyecto. Y cuenta orgulloso que las respuestas de los estudiantes han sido tan positivas que ya están planeando abrir una sala similar en la sede A de la institución, donde están los niños de preescolar y básica primaria. “Estamos en esa articulación para que existan escenarios que representen las emociones. Por ejemplo, la tristeza. Si alguien llega triste, puede estar en un área donde reciba herramientas para enfrentar esa emoción”.

La salud mental es un tema que en los últimos años ha cobrado más importancia para los diferentes actores de la sociedad. Cifras del Ministerio de Salud revelan que el número de personas atendidas con algún diagnóstico de salud mental prácticamente se cuadruplicó en los últimos 12 años: pasamos de unas 400.000 personas atendidas en el 2009, a más de un millón y medio en el 2021.

Para Elizabeth, esto se debe a que se han tumbado algunos tabús frente al tema. De hecho, destaca que hoy, en muchos casos, son los mismos estudiantes los que están reconociendo sus emociones —la ansiedad, la rabia, la depresión— y las de sus compañeros. “Se está eliminando el

estigma de que si alguien busca ayuda del psicólogo es porque está loco —concluye—. Son conceptos imaginarios que nos pesan como sociedad. Ahora, y cada vez más, los estudiantes entienden que está bien levantar la mano para pedir ayuda y que la salud mental es un tema importante”.

Así como es importante que puedan buscar estas ayudas en su mismo colegio, en espacios creativos y pacíficos dedicados exclusivamente al manejo de las emociones y la desconexión.



Tener un lugar para relajarse es uno de los atractivos de la Sala de Desconexión.

A través de la actividad física los estudiantes logran equilibrar sus emociones.



# Con quienes me quieren y me cuidan

La relación entre las familias y las escuelas es fundamental para el desarrollo socioemocional de las personas y para su construcción como ciudadanos. Por eso, la Secretaría de Educación del Distrito buscó crear lazos entre los dos y encontró que las familias necesitaban ayuda para manejar sus conflictos internos, algunos violentos, y que la escuela podía ser el espacio donde aprendieran a transitarlos. El proceso comenzó con la creación de las ‘Escuelas del cuidado familiar’ para acompañar a los colegios distritales y continuó con la conformación de las redes locales de familias en todo el territorio. Las primeras serían un escenario de aprendizaje para madres, padres y cuidadores sobre temáticas que les interesaran. Las redes, por su parte, permitirían crear relaciones que tuvieran en cuenta el contexto de cada localidad.

Para todo este trabajo, la Secretaría entendió que las familias son diversas y respetó y valoró estas diferencias. Como lo explica en sus documentos, “reconocemos que las familias son garantes del derecho a la educación y tienen la responsabilidad de generar entornos de cuidado. Además, fortalecer sus capacidades tiene un impacto positivo en la promoción de los derechos y la prevención de la violencia hacia los niños, niñas y adolescentes”.

Hasta entonces la vinculación de las familias con la escuela se había limitado a la entrega de boletines y la formalización de la matrícula, con estos nuevos escenarios era posible dinamizar y potenciar la formación para estas, trabajar en conjunto con los equipos de orientación escolar de las escuelas y fortalecer el trabajo en red de las familias en cada localidad.

La Secretaría creó ‘Escuelas del cuidado familiar’ en las 20 localidades del Distrito, en 364 instituciones educativas, y en reuniones virtuales y presenciales ayudaron a cerca de 25.715 padres, madres y cuidadores, en 620 sesiones.

Por primera vez las familias encontraban un espacio de diálogo directo con la escuela y con otros, y hablaron de las realidades de su sector y de las necesidades que tenían. Fue así como la Secretaría identificó las áreas principales de interés, como la gestión y la comunicación de las emociones en la familia y la gestión creativa de conflictos familiares.

A partir de allí se dibujó una ruta de trabajo. Como lo dice la Secretaría en sus documentos, “esto nos indicaba la necesidad de seguir fortaleciendo la dimensión emocional en el núcleo familiar, reconociendo la importancia de la responsabilidad familiar y social para contribuir en la reducción de la violencia intrafamiliar”.

En total se consolidaron 20 redes de familias, una en cada localidad, a través de las cuales se fomentan las relaciones horizontales y se desarrolla un trabajo comunitario contextualizado, basado en las problemáticas, necesidades y aspectos por potenciar dentro de cada territorio. Las redes reconocen el papel que las familias cumplen en la formación de sus hijos e hijas, en la creación de comunidad y en la transformación social. Gracias a estas redes se llevaron a cabo más de 220 encuentros, en los cuales participaron más de 4.500 padres, madres, personas cuidadoras, niños, niñas y jóvenes, incluidas las familias palenqueras que viven en Bogotá.

Todas estas experiencias de diálogo, de encuentro y de reconocimiento del otro dejaron claro que al abrir espacios de participación y fortalecer la relación entre la escuela, las familias y el territorio, se contribuye a transformar los prejuicios y la falta de interés por parte de las familias para involucrarse y participar en los espacios educativos. Al encontrarse y construir en conjunto con otras familias, también se fortalece el tejido social.

Los diálogos intergeneracionales e interculturales generan diversas posibilidades de reconocimiento de prácticas cotidianas y luchas comunes. Desde los tiempos de fundación de los barrios, estas comunidades han construido lazos de apoyo y colaboración para enfrentar las realidades y ahora se ven a sí mismas como vecinos que también están unidos por un mismo colegio.

# Soy parte de mi barrio

**E**l colegio Chuniza Fámaco de la localidad de Usme es un laboratorio vivo de experiencias comunitarias: logró expandir sus actividades más allá de los salones de clase para convertirse en un lugar importante para todos en el barrio. Este era uno de los grandes objetivos de la SED: que los colegios distritales atravesaran los muros y llegaran al alma de los barrios con acciones concretas. Este objetivo se logró en 106 Instituciones Educativas del Distrito que le apuestan a abrir las puertas de su territorio para trabajar en red con sus comunidades.

Como lo dice Jenny Arévalo, una de las madres de familia, “cuando el colegio integra a las familias y a la comunidad, el significado de las actividades crece, como hoy que todos nos sentimos parte de esto y se siente bonito”.

Esta integración va desde la realización de eventos culturales juntos hasta el desarrollo de campañas de reciclaje para que entre todos los habitantes de cada barrio aprendan a cuidarlo y también logren espacios de integración y de esparcimiento. Las bibliotecas de algunos colegios se han convertido en espacios para todos, no solo para los profesores y los alumnos que están matriculados, la comunidad entera puede utilizarlas, algunas con acceso al material físico, digital y conexión a internet.

El objetivo ha sido fortalecer la relación escuela-territorio, porque para esta administración la escuela puede ocupar un papel mucho más importante para las comunidades y puede convertirse en un espacio de crecimiento y apoyo para estas. Así como la Secretaría de Educación del Distrito ha llevado a los colegios el desarrollo socioemocional de alumnos y maestros y los ha convertido en un espacio seguro para que los estudiantes sean ellos mismos y crezcan como seres humanos en todos sus aspectos, no solo el intelectual, de la misma manera la Secretaría ha hecho que los colegios crezcan y expandan sus espacios y sus experiencias a todos los miembros de los territorios donde están ubicados. La escuela es epicentro de transformación social.



# El colegio que impulsa el desarrollo de toda una comunidad

Por Julián Ríos Monroy

**P**or la callecita de adoquines anaranjados, rodeada de árboles y prados, pasa un desfile de uniformes que combinan el azul rey con el gris ratón. Son las 6:59 de la mañana y los estudiantes de la Institución Educativa Chuniza Fámaco apuran el paso para llegar a tiempo a sus clases.

La puerta del colegio —ubicado en la localidad de Usme, en el suroriente de Bogotá— tiene un mirador privilegiado. Desde ese punto, se observa cómo los primeros rayos del sol iluminan la cima de las montañas verdes que marcan el inicio de la Bogotá rural y que contrastan con la urbe de concreto que desde ahí parece una planicie infinita.

Para llegar hasta allá, Daniela Ovalle debe caminar 40 minutos desde El Uval, el último barrio que se ve al borde de la autopista que conduce a la ciudad de Villavicencio. Daniela, de 15 años, tiene el pelo negro y una sonrisa que aparece cuando la timidez le gana. Cursa 10.º grado. Dice que aunque hay colegios más cerca de su casa, prefiere estudiar en el Chuniza Fámaco, sin importar la distancia: “Los cupos acá son muy difíciles de conseguir, porque la educación es diferente. Nos incentivan a cuidar el medioambiente, a reciclar, a ir a la biblioteca. Nos enseñan a elegir y a ser conscientes de lo bueno y lo malo, por eso acá no se ven cosas que en otros colegios sí, como riñas y consumo de drogas”.

Basta con tomarse unos minutos con cualquier alumno, padre de familia, profesor o funcionario para escuchar eso mismo: que es una institución “diferente”; y lo es tanto, que se consolidó como uno de los colegios abiertos a la comunidad en Bogotá, un eje clave del Programa ECO (Entornos Educativos Protectores y Confiables) de la Secretaría de Educación del Distrito, que les abre las puertas del Chuniza Fámaco a vecinos y estudiantes de otras instituciones de la localidad.

Jenny Arévalo visita los alrededores del colegio desde niña, pues sus abuelos tenían un terreno cerca. Hace dos décadas, decidió mudarse a Usme y echar raíces junto a su esposo, con quien tuvo dos hijos (Gabriela, de 12 años, y Luis Gabriel, de 7) que han estudiado siempre en el Chuniza Fámaco.



“Desde que llegamos al barrio Chuniza escuchamos hablar bien de este colegio y siempre quise que mis hijos estudiaran ahí”, dice Jenny, quien viste un suéter morado. Ese es el color con el que se identifican los miembros del Consejo de Padres de familia de la institución. Ella hace parte del grupo base, conformado por 15 de los 56 miembros del Consejo. Todos son vecinos de la comunidad que hace más de seis años se unieron para impulsar los proyectos que tiene el colegio, no solo en pro de la educación de sus hijos, sino con la idea de mejorar las realidades de la localidad y del barrio.

Fabio Ortiz Montoya, rector del Chuniza Fámaco, cuenta que fortalecer el desarrollo de la comunidad ha estado en la visión del colegio desde su inicio. Hace 25 años, cuando él comenzó su carrera docente —como maestro de primaria en esta misma institución—, el colegio era administrado por religiosos de la comunidad salesiana, que inspirados en el sacerdote italiano Juan Bosco implantaron la convicción de que en el proceso de formación de los estudiantes había que involucrar a las familias vecinas.

“La educación puede ofrecer alternativas de progreso para las familias —dice el rector—, y los colegios públicos deberían ser centros de desarrollo comunitario”.

Elizabeth López (izquierda) y Jenny Arévalo, de Asopadres, de la Institución Educativa Chuniza Fámaco.

## Una apuesta ecológica

La huerta del colegio Chuniza Fámaco es una especie de isla rodeada por paredes de ladrillo. Jenny Arévalo y Elizabeth López salen de una reunión del Consejo de Padres, atraviesan los pasillos hasta llegar a la planta baja y cruzan la puerta de malla metálica azul para entrar al cultivo. En el invernadero están sus hijos, junto a otros compañeros de distintos grados que, de la mano de sus profesores y acudientes, se encargan de sembrar y cosechar papa, tomate, acelga, calabacín, uchuva, caléndula, menta, yerbabuena...

Estudiantes del Chuniza Fámaco que pertenecen al proyecto 'Sembrando vida, cosechando semillas de esperanza', proyecto ambiental del colegio.



“Nos encargamos de preparar la tierra y nutrirla con los mismos residuos del refrigerio, como cáscaras de banano y granadilla —cuenta Kevin Sánchez, un estudiante de 9.º grado que participa en ‘Sembrando vida, cosechando semillas de esperanza’, el proyecto ambiental del colegio—. Cuando cosechamos, distribuimos los productos entre los habitantes del barrio. Todo esto crea una conciencia que te mantiene alejado de la gente que está en malos pasos”.

La estrategia comenzó a forjarse hace más de una década, mediante huertas de agricultura urbana, pero se ha extendido a otros campos y en los últimos años tiene una apuesta por el reciclaje que congrega a toda la comunidad. Cada miércoles, los estudiantes llevan desde sus casas el material apro-



vechable, que es recibido por padres de familia y alumnos. Después de clasificarlo y pesarlo, lo envían a un centro de acopio que le da una nueva vida.

“En nuestros tiempos de estudio, nunca nos dijeron que había que reciclar, que no todo es basura —dice Elizabeth López, quien junto a otros miembros del Consejo de Padres creó un grupo que todos los viernes dicta talleres para que los estudiantes aprendan a transformar el plástico y cuidar el medioambiente. Una necesidad urgente en una localidad cercana al páramo del Sumapaz y decenas de humedales y zonas de conservación—. Ahora, de la mano del colegio, hemos aprendido que podemos reutilizar más del 80% de los residuos de la casa. Crear esa cultura en los chicos, para que nos expliquen a padres, madres y hermanos, ayuda a responder a un problema al que no le prestábamos atención las generaciones de atrás”.

## Una biblioteca para todos

La frente de Yeimi Valencia se asoma detrás de un mostrador ubicado en la biblioteca del colegio Chuniza Fámaco. Es un espacio amplio, dividido en tres salas con 25 estantes repletos de libros. En una de las esquinas, un cartel da la bienvenida al “mundo de Roald Dahl”. Junto al retrato del escritor británico, pintado de colores en tamaño pliego, hay un puñado de cuentos escritos por los

estudiantes y unas pequeñas esculturas, también hechas por ellos.

Yeimi es la guardiana del lugar. Nació y vive en Usme y ha trabajado en esta biblioteca seis de los nueve años que lleva como bibliotecóloga. Desde su llegada, la colección de libros dejó de ser cerrada. Es decir, cualquiera puede buscar el libro que quiera y tomarlo sin necesidad de ayuda: “La idea fue abrirla a todo el mundo para construir usuarios autónomos. Ya saben dónde buscar la información, dónde están ubicados los libros,

Adelante, Laura Villasis, auxiliar de biblioteca, y atrás, Yeimi Valencia, bibliotecóloga, y Kevin Sánchez, estudiante.



y pueden llevarlos a su casa para leer en familia y promover la cultura de la lectura”.

Después de la pandemia, además, el colegio emprendió una nueva iniciativa que involucra a la comunidad: abrir las puertas de la biblioteca para que estudiantes de las instituciones vecinas y habitantes del sector puedan utilizarla.

Cada tarde, niños y niñas del Chuniza Fámaco y otros colegios llegan a buscar algo para leer o reforzar sus tareas. También hay espacio para que sus familiares se sumerjan en el mundo de la lectura y participen en los talleres que se dictan en la biblioteca.

“No es un secreto que en esta zona hay muchas problemáticas y riesgos y que toda la comunidad está expuesta —dice Laura Villasis, auxiliar de la biblioteca—. Nos hemos fortalecido con la Justicia Escolar Restaurativa para prevenir y promover la buena toma de decisiones y discernir entre lo bueno y lo malo para que podamos convivir en un entorno de paz, lejos de tantos conflictos que vemos ahí afuera”.

Luego de abandonar la biblioteca, el rector Ortiz entra a su oficina, se acomoda en el escritorio y enciende el computador. Ingresa al canal de YouTube del Chuniza Fámaco y comienza a mostrar los contenidos en audio y video que han realizado los alumnos para difundir las iniciativas ambientales, de promoción lectora y de desarrollo comunitario que nacieron en la institución.

Allí aparecen los niños, vestidos de pantalón gris y saco azul, que han encontrado en este colegio un refugio contra el paredón de riesgos a los que se enfrentan a diario; un espacio para construir un proyecto de vida pensando en comunidad.

“Acá los vecinos suelen decir que les gusta nuestra forma de enseñar, porque los estudiantes aprenden valores —dice el rector—. Yo creo que esa es la mejor forma de aportar a la estabilidad de la paz y la solidaridad social en comunidad, formando buenos ciudadanos”,

Minutos después, tocan a la puerta para pedirle unas llaves: es hora de activar el timbre que anuncia el fin del recreo. El desfile de uniformes vuelve a comenzar, esta vez dentro del colegio. Los estudiantes se pierden en los salones de esa edificación de ladrillo, que promete ser el primer peldaño en el desarrollo de las nuevas generaciones de la localidad de Usme.



# Somos movimiento

**A** lo largo de estos años, las comunidades educativas han apostado a que las escuelas sean escenarios donde se promueve una educación integral para la paz, la democracia y la vida, en donde se pueden imaginar y construir formas más horizontales y no violentas para gestionar los conflictos, y que tienen como propósito la promoción y garantía de los derechos humanos.

Hablar de la red de Escuelas como Territorios de Paz no es otra cosa que reconocer estos esfuerzos y crear espacios de encuentro, para que los sueños, las ideas y esperanzas de transformación se potencien.

## Un colectivo que se moviliza mediante los siguientes principios:

- 1 La educación como potenciadora de capacidades para el ejercicio de la ciudadanía y la construcción de paz.
- 2 El respeto a los derechos humanos como un valor fundamental de la sociedad.
- 3 La no discriminación, el respeto de la diferencia y a la diversidad.
- 4 La participación activa de la ciudadanía, en particular la visibilización de la voz de los niños, niñas y jóvenes en la construcción de una sociedad empática y solidaria.
- 5 La prevención y la resolución pacífica de los conflictos, mediante el diálogo constructivo, la mediación, la restauración y otros métodos alternativos a la violencia.
- 6 La cooperación y la solidaridad entre los distintos actores sociales, para construir soluciones conjuntas y sostenibles que fomenten la cultura de paz.

En este sentido, en la red de Escuelas como Territorios de Paz se encuentran aquellas iniciativas, procesos y experiencias que impulsan, promueven y fortalecen a los diferentes actores de las comunidades educativas como sujetos políticos que posicionan la paz como un derecho y

como un proceso pedagógico, político y cultural fundado en los principios de verdad, memorias y garantías de no repetición, integrando acciones encaminadas al cuidado, la protección y valoración del entorno físico-espacial, así como el afianzamiento de las relaciones que se tejen entre las comunidades educativas, vecinales y comunitarias que comparten un objetivo en su territorio.

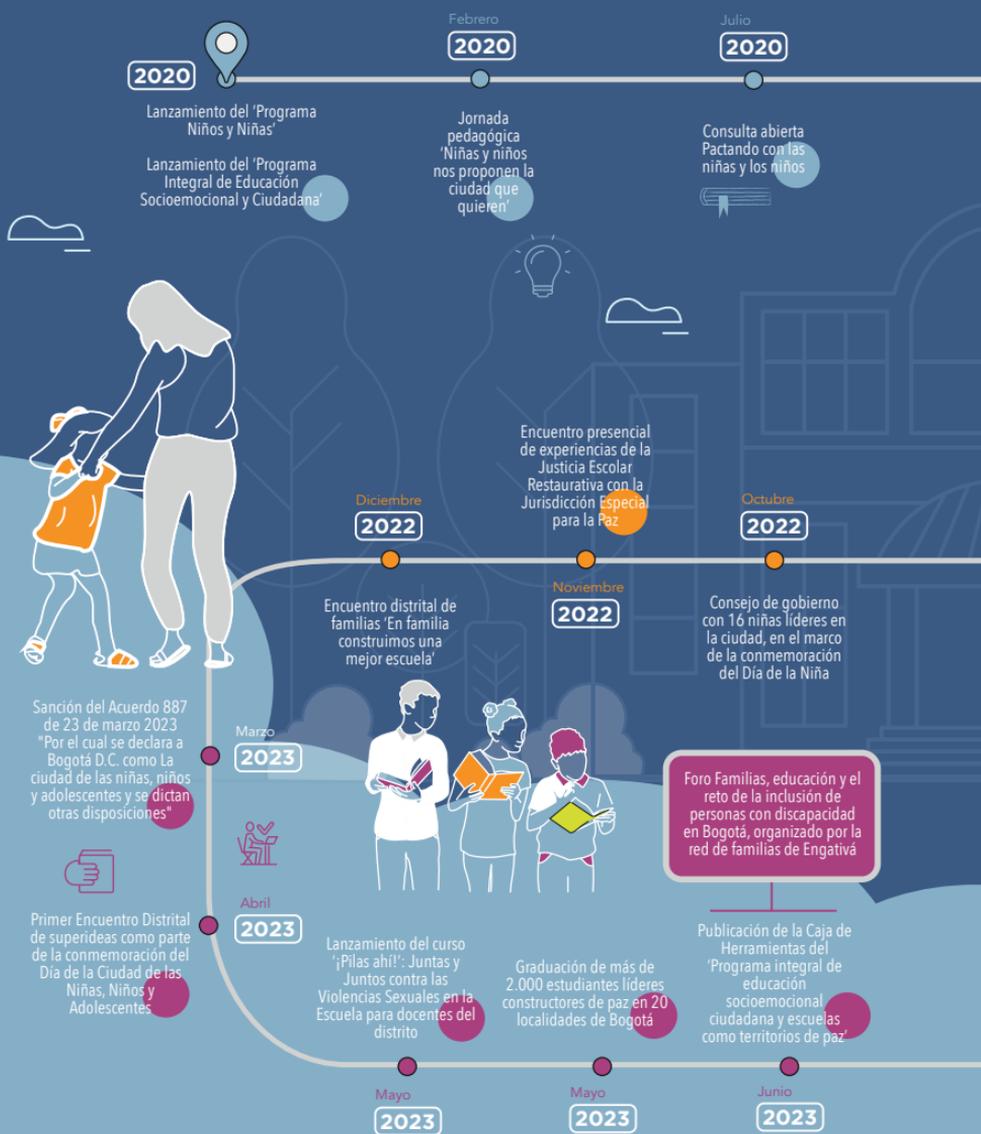
Todas estas acciones se realizaron en tres años continuos de trabajo donde la importancia del desarrollo socioemocional de la comunidad educativa fue una prioridad. La línea de tiempo que sigue a continuación muestra los principales momentos que marcaron la ruta hacia estas Escuelas como Territorios de Paz.

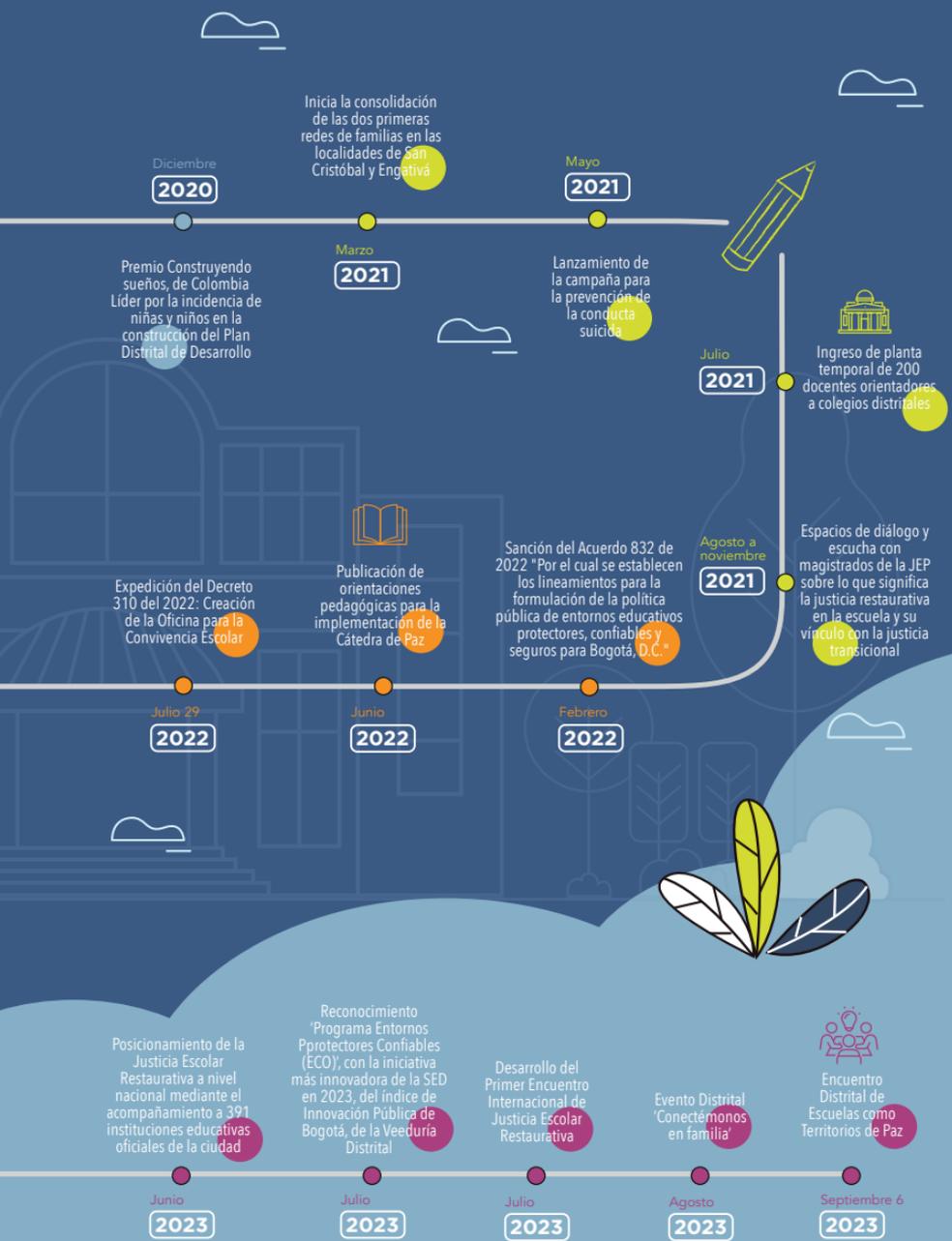




# Tres años de trabajo constante

Transformar las escuelas en territorios de paz tuvo momentos importantes que marcaron el rumbo de todos los programas. Estos son algunos de los más significativos:





“El principal problema que encontramos fue la salud mental de los estudiantes. Por eso, se creó la Sala de Desconexión, que se resume en un espacio de bienestar donde el estudiante encuentra múltiples herramientas para equilibrar su emoción”.

Elizabeth Vanegas, orientadora escolar

